

# ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

\*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

\*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Palacio Provincial

Teléfono 1584

\*

## Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

## SUMARIO

Cervantes por Extremadura .....	<i>Felipe Maldonado.</i>
La cuna del capitán .....	<i>Julio Cienfuegos Linares.</i>
Amores de la tierra .....	<i>Luis Grande Baudesson.</i>
La Luz.....	<i>Pedro Caba.</i>
Romancillo de la noche de San Juan .....	<i>Fernando Bravo.</i>
Un amor literario (Cuento) .....	<i>Enrique Segura.</i>
Ideario extremeño.....	<i>Diego López.</i>
Los versos tienen algo de luz.....	<i>Ventura Durán.</i>
Reyes infortunados .....	<i>Francisco Fernández Serrano.</i>
Crítica sin hiel.....	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Noche cocida.....	<i>Jesús Delgado Valhondo.</i>
Llamas de capuchina.....	<i>José Canal.</i>
Paisaje cacereño.....	<i>Crescencio Rubio Sáez.</i>
Tic-tac .....	<i>Rafael González Castell.</i>
De arte: Hemos visto .....	<i>Fernando Bravo.</i>
Mirador: Crónica .....	<i>Curio O'Xillo.</i>
Al margen de los libros .....	<i>P. Romero Mendoza.</i>
Bibliografía.....	<i>P. R. M.</i>
Láminas.....	<i>Fotos Garrorena y Herreros.</i>



# ALCANTARA



AÑO V

30 JUNIO 1949

NÚM. 20

## CERVANTES POR EXTREMADURA

(A PROPOSITO DE UN LIBRO NUEVO)

QUEJÁBASE Don Eugenio D'Ors hace pocos días de la insufrible aridez que por defectos en la formación de sus autores suelen ofrecer los escritos científicos y de investigación, por regla general. Tan lamentable o más es, sin embargo, la ignorancia de esos mismos trabajos, no siempre tan indigestos, en que vive la mayoría de nuestros literatos, cada vez más ajenos a lecturas fundamentales e indispensables. por apatía espiritual ó por falta de curiosidad, pecado no sabemos cuál más grave y del que no sólo adolecen en cuanto a la generalidad de las ciencias y artes, sino que también comprende aquellos sectores y especialidades más estrechamente relacionados con la literatura. Divorcio gravísimo que tantas veces nos ha llevado a echar de menos la presencia de quiénes utilizando los medios facilitados por investigadores y estudiosos, dieran forma literaria e infundieran contenido humano a notas y conclusiones científicamente alcanzadas. Amplio es el campo, por ejemplo, y punto menos que virgen de la biografía de tantísimos españoles ilustres por innumerables conceptos y sobre los cuales apenas se ha escrito un pequeño folleto plagado de errores, y ni siquiera eso las más de las veces.

Resultan, pues, ejemplares, cuando de tarde en tarde aparecen, obras como la últimamente publicada por Don Miguel Herrero (1). Uno más entre los diferentes valores que el libro encierra es este de la ejemplaridad y demostración de cómo el inteligente empleo de arduos trabajos de erudición puede prestarles una forma literaria perfectamente asequible a cualquier público. Un meticoloso sentido de la veracidad le lleva con frecuencia a puntualizar el origen de lo que escribe, tanto cuando se trata de la elección de un itinerario como de las palabras puestas en boca de Cervantes, cuando hace hablar a su protagonista; y esta abundancia de notas, inteligentemente dispuestas para no perturbar la lectura del texto, nos permite

(1) Miguel Herrero-García: *Vida de Cervantes*, Madrid, Editorial Nacional (Imprenta Samarán), 1948. 649 págs. In 4.º.

vislumbrar el prolijo cuidado con que se ha hecho la selección y luego dispuesto el material para la armadura, quedando ahí a título de modelo, para quien se sienta con ánimo para realizar concienzudamente un trabajo análogo.

Acorde como es lógico con sus inclinaciones y procedimientos de su labor habitual, el Sr. Herrero construye la biografía cervantina rechazando desde el primer momento el método novelesco cuyo sentido, diferente del que se propone alcanzar, debe pugnar a la fuerza con su severo concepto de la veracidad y de la verosimilitud, cuando aquella no es posible. Pero la rigidez de una disciplina tal como la que se impone el autor no trasciende en absoluto al curso de la obra que discurre tan llena de amenidad como si de una ficción se tratase. De este modo, sin saltos, pidiendo a la lógica los detalles que la investigación no puede facilitar, se desarrolla en el libro la vida de Cervantes desde el momento inicial del bautizo por las endomingadas calles de Alcalá de Henares hasta el de su muerte descrito con finos detalles.

Muchas y sabrosas páginas hubieron de quedar sin duda en el pensamiento del Sr. Herrero, sin trascender a los puntos de la pluma en el transcurso de su labor, bien por apartarse del propósito general de la obra al que celosamente se atiene, bien por la extensión que hubiera alcanzado de haber desarrollado al límite todas sus posibilidades, que en ocasiones quedan latentes como una sugerencia. Tales, por ejemplo, el caso de la impresión que pudo causar en el ánimo de Cervantes la vigorosa personalidad del Brocense, cuyo conocimiento refiere así el Sr. Herrero: «Un día oyó Cervantes hablar como de cosa singular y rara de un maestro de Gramática que se atrevía a discutir el método latino de Nebrija. Supo que aquel maestro se llamaba Francisco Sánchez de las Brozas, y fué a curiosear a las Escuelas Menores de la Universidad, donde tenía su cátedra el Brocense.

En efecto, pudo comprobar que aquel original humanista no se recataba en hacer afirmaciones como ésta: «En Italia y Alemania, ordinariamente vemos que se sabe más latín que no en España, porque cada preceptor enseña por su arte, y tantas artes hay casi como preceptores; en España, habiéndose usado casi siempre *Nebrija*, ninguno ha salido latino, sino el que se ayudó de otra arte alguna».

Cervantes advirtió, desde luego, el agudo ingenio del Brocense; no podía, empero, negar de pronto su simpatía al Antonio, que él había estudiado en Valladolid».

Sigue una sucinta exposición de los pros y contras que en el debate se exponían, y como de pasada, recoge un detalle que por fuerza había de sorprender al joven Cervantes: «Una cosa notó en la clase del Brocense que le satisfizo plenamente. Los regentes de Gramática no llevaban azote ni palmeta; innovación que de seguro parecería reprensible a los otros profesores, templados a la antigua».

Someramente también, pero con idéntica agudeza se siguen los pasos que años más tarde, a su regreso de Argel, y movido del deseo de reincorporarse al tercio de don Lope de Figueroa, anduviera por

tierras extremeñas. Por tres veces hubo de cruzarlas, ya que su primera entrada en Portugal debió hacerla por Ciudad Rodrigo, y procedente de Salamanca, según la obra del Sr. Herrero. Pero cuando pasó a Orán comisionado por Felipe II, tomó por el camino de Extremadura, itinerario que desde la frontera portuguesa traza el biógrafo de la siguiente forma, conforme al *Repertorio de todos los caminos* de Villuga:

«Otro día partió de mañana hacia Monforte, que distaba dos leguas, y otras dos a continuación, hacia Arronches, último pueblo portugués, entre el cual y Alburquerque pasa la raya fronteriza de España y Portugal. Pasado Alburquerque, llegó a la Venta Albarra-gena, donde dió fin a la cuarta jornada.

Se levantó al día siguiente a la del alba, dispuesto a andarse otras once leguas como las del día anterior. El camino atravesaba por medio de los lugares de la Aliseda y Malpartida e iba a parar a Cáceres, donde hizo noche.

No mucho más corto fué el viaje del día siguiente. Primero cruzó un despoblado de siete leguas entre Cáceres y la Venta de la Vadera; desde allí, a proporcionadas distancias de dos y de una legua, pasó por los pueblos de Jaraicejo, Casas del Puerto, Barcas de Arballa, por donde pasó el Tajo, Almaraz y, por término de jornada, Naval-moral. Allí le tocó cumplir el primer mandamiento de la Iglesia, oyendo misa y concediendo algún descanso a sus molidos huesos.

El lunes al ser de día emprendió la séptima jornada. A una legua de caminar se halló en Val Paraiso; a tres más allá llegó a «La Cal-zada», prosiguiendo a través de Toledo su viaje hacia Cartagena.

Poca impresión podía producir en el ánimo de nuestro inmortal Cervantes un paso tan rápido por los campos extremeños, pero nombres y lugares no dejarían de traer a su imaginación aquellos personajes y acontecimientos que tuvieron por escenario esas mismas tierras, y más de una vez en boca de arrieros, gentes de mesón o de camino, surgiría el relato de las hazañas y episodios que allí tuvieran lugar en otro tiempo.

Más detenido fué el viaje de regreso, cumplida la misión que le llevaba a Orán, pudiendo satisfacer con alguna mayor amplitud su curiosidad, y así, «Estando en Talavera, le pareció a Cervantes desacato pasar de largo y no visitar a Guadalupe. Tomó, pues, la senda del Puente del Arzobispo y fué a hacer noche al Villar del Pedroso. Al día siguiente desfiló por las ventas de los Nogales, la de la Magdalena, la del Hospital y la de la Hermandad, y llegó ya bastante oscurecido a Guadalupe. Buscó y halló acogida en la ancha hospedería del Monasterio, y parte de aquella misma noche y todo el mediodía siguiente empleó en admirar las mil maravillas que encierra tan célebre casa. A la hora de comer encontró otros peregrinos, y oyendo las alabanzas que tributaban a lo que venían de ver, él también se desahogó diciendo:

—Apenas habe puesto los pies en la entrada del valle que forman y cierran las altísimas sierras de Guadalupe, cuando, con cada paso que daba, nacían en mi corazón nuevas ocasiones de admirarme; pero

allí llegó la admiración a su punto, cuando vi el grande y suntuoso monasterio, cuyas murallas encierran la santísima imagen de la Emperadora de los cielos; la santísima imagen, que es libertad de los cautivos, lima de sus hierros y alivio de sus atribulaciones; la santísima imagen que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los huérfanos y reparo de las desgracias. Entré en su templo, y donde pensé hallar por sus paredes pendientes, por adorno, las púrpuras de Tiro, los damascos de Siria y los brocados de Milán, hallé en lugar suyo muletas que dejaron los cojos, ojos de cera que dejaron los ciegos, brazos que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, merced a la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar hace camppear a su benditísimo Hijo con el escuadrón de sus infinitas misericordias. De tal manera hicieron aprehensión estos milagrosos adornos en mi corazón, que volví los ojos a todas las partes del templo y me parecía ver venir por los aires, volando, los cautivos envueltos en sus cadenas, a colgarlas de las santas murallas, y a los enfermos arrastrar las muletas, y a los muertos las mortajas, buscando lugar donde ponerlas, porque ya en el sacro templo no cabían.

Cuatro días estuvo Cervantes en Guadalupe, y si no podemos decir que fuera tiempo sobrado sí debió serlo suficiente para apreciar muchas de las bellezas que en aquel Monasterio se encerraban por aquel entonces; y a fuer de hombre amante de las letras y de los libros no dejaría de contemplar algunas de las maravillas que con arte y paciencia infinita realizaron los PP. Fr. Antón de Sant Lucar, Fr. Julián de la Fuente, Fr. Pedro de Zamora y tantos otros iluminadores y amanuenses como tuvo aquel Monasterio y que contribuyeron a su mayor gloria y esplendor. Incluso quizá llegara a ver en aquella visita el «preciado cantoral con encuadernación cuajada de perlas y piedras» que Jerónimo Münzer cita en su *Viaje por España y Portugal*, realizado cosa de un siglo antes.

Transcurridos estos cuatro días, Cervantes «se encaminó por Navalvillar al cruce del camino Guadalupe-Plasencia con el camino real en Almaraz; atravesó el Tajo en las barcas de Arballa y fué a dormir a Casas del Puerto. Al día siguiente anduvo las dos leguas de Casas del Puerto a Jaraicejo, otras dos a Ventas de la Vadera y las siete de despoblado de la Venta a Cáceres. Entró por el Arco de la Estrella e hizo noche en un mesón, oyendo historias de Carvajales y Ovandos, las dos familias que se repartían, mitad por mitad, los veinticuatro regimientos perpetuos de la ciudad.

Venido el día, no quiso partirse de Cáceres sin admirar el imponente caserío, reliquias antiguas de la nobleza extremeña: el Palacio de las Veletas, la Casa del Sol, la Torre de las Cigüeñas, el Palacio de los Golfines; aquellos robadores franceses, luego nobles cacerreños, que tenían escrito sobre su sepulcro: *Aquí esperan los Golfines el día del juicio*.

De Cáceres salió para Alburquerque, que caía a nueve leguas, pasando por Malpartida, La Liceda y la Venta de Albarragena. A hora de las avemarías comenzó a divisar el fuerte castillo de Alburquerque.

que. La velada preliminar del sueño la pasó charlando con unos peñales y tejedores de los muchos que allí labran finos paños».

Breve es la nota de la tercera pasada que Cervantes hace por Extremadura, y que fundamentándose en el *Persiles* dice: «Sin detenerse un momento cogió el camino de Madrid. Esta vez, por ir en compañía de unos extranjeros, entró en España por Badajoz». Y así concluye el relato de los pasos que Cervantes anduviera por tierra extremeña. No es, por desgracia, muy extenso, pero ya apuntamos antes las razones, por demás estimables, que sin duda han impedido al Sr. Herrero, dar libre curso a las posibilidades de la narración. Con todo, de las impresiones que en estos viajes recogiera y de las relaciones que en el curso de su azarosa vida tuviera con personajes extremeños, hubo de formarse el conocimiento vivo que de esta región poseyera nuestro primer ingenio. Escudriñar las fuentes extremeñas que ofrecen la vida y obra cervantinas, determinándolas, sería, a no dudar, una ingrata y acaso poco lucida tarea, pero también una hermosa contribución al acervo cervantista, realmente extenso, más no siempre acertado ni completo como viene a corroborar con su presencia la obra del Sr. Herrero de la que tan faltos estábamos.

FELIPE MALDONADO